

José Ingenieros y las perspectivas filosóficas del Positivismo argentino

Juan Ricardo NERVI*

* (1921-2004)

Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Maestro Normal Nacional. Docente en la Universidad Pedagógica de México, y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Escritor, periodista, Investigador. Profesor Emérito de la UNLPam. Secretario Académico de la UNLPam. Profesor Titular de la Cátedra Pedagogía Universitaria. Director de la Maestría en Evaluación de la Facultad de Ciencias Humanas.



“Casa de campo”
Juan Carlos Duran

Críterio y métodos naturistas conjugan el quehacer filosófico de José Ingenieros cuando de interpretar al hombre, el universo y sus problemas se trata. Su posición no es nueva. Apareja e insume la trayectoria del pensamiento a través de sus hitos antropológicos más notables: Protágoras, Sócrates, Epicuro, Bruno, Spinoza, los Enciclopedistas. Se proyecta y alcanza su equilibrio en los racionalistas del siglo pasado; y, con el último cuarto de gloriosa afirmación, traduce la facundia predominante de ese acopio de experiencia filosófica que definió a la decimonona centuria de nuestra era. Su irrupción en el siglo XX viene adobada, entre nosotros, de cierto cansancio finisecular, esto es, el agotamiento del Positivismo, sometido al rigor de las mismas estrictas premisas que fueron agotando a la escolástica, mecánico, formulista, a veces estólido. Cuando ya Comte y Spencer cumplían su ciclo en Europa, y la agonía del Positivismo presuponía el nacimiento obligado de otras corrientes, en nuestro país, quizás en América, se produjo el notable fenómeno de la recuperación positivista que hizo abrigar a sus adictos de todas partes la vana es-

peranza de una resurrección total. Este ave fénix del Positivismo, este fenómeno inesperable, tuvo un nombre: José Ingenieros. ¿Cuál fue su técnica propiciatoria de tamaño suceso? Lo que se olvidó en el Viejo Mundo: la re-creación científico-metafísica de la doctrina positiva. Y algo más: el vuelo, la imaginación, la fina ironía enherbolada como flecha razonable para aligerar el peso de tanta severa, rígida, formal adustez definitoria. Alejandro Korn nos dice, en ratificación parcial de lo que llevamos expresado, que “*su propósito fue elevar el Positivismo a Cientificismo, con fines sociales*”. Pero atribuye, erróneamente a nuestro modesto juicio, a “una vocación espontánea” que le obligó a sistematizar los conceptos básicos de su militancia política a favor del proletariado, su faena filosófica. Un repaso de la vida de Ingenieros nos demuestra que no es así. Ya en 1895, cuando apenas tenía 18 años, había escrito *Qué es el Socialismo* (Ed. Claridad) y su acción ideológica era menos de especulación que de accionar propiamente dicho. Empero, el opúsculo define ya una marcada vocación filosófica que se irá acentuando paso a paso hasta la configuración

precisa de una concepción propia del mundo y de la vida que, sin pretender originalidad, llamará *Filosofía Científica*. Nada de espontáneo, nada de improvisado, ninguna adecuación premeditada a su militancia política, hay en su posición filosófica. Es más entendiendo, como entendió la indestructible unidad de la filosofía con los movimientos sociales y, conceptualizando a la acción concreta, como el desemboque imprescindible de toda teoría filosófica, su actitud responde a la que será prédica insobornable de toda su vida y que recoge de su maestro Echeverría: “Todo pensamiento que no se realiza es una quimera indigna del hombre” El tuvo colector de las aguas puras a través de las cuales braceará rítmicamente, en pos de la meta propuesta, acarreará a veces impurezas que importan contradicciones de forma en la gran represa de su pensamiento. No lo ignora. Por ello su sistematización por los caminos del empalme lógico, es tamiz cotidiano, filtro dialéctico.

Antecedentes argentinos del pensamiento ingenieriano.- Repetimos lo que señala Korn: quiso elevar el Positivismo a Cientificismo, con fines sociales. Coincidentes con el mismo Korn en la calidad autóctona de lo que fue el positivismo *criollo*, del arraigo y penetración que le infundieran *personalmente* Sarmiento y Alberdi, en el rastreo del pensamiento ingenieriano, empero, encontramos raíces pre-positivas que encajan con tanta o mayor precisión en su Cientificismo. Los ideólogos Juan Crisóstomo Lafinur y Diego de Alcorta dejaron honda huella en la perspectiva filosófica de Ingenieros. Lafinur, por su fina sensibilidad estética, entrañablemente emparentada al fino talento del autor de *El Hombre Mediocre*. Alcorta, por su equilibrada formación médico-psicológica. Sin perder de vista la concepción práctica y al mismo tiempo metafísica de la filosofía, en la que va, implícita, toda una teoría de la acción es lícito creer que uno y otro influyeron directamente y no a través de los positivistas autóctonos, en la trayectoria que habría de desembocar en su metafísica de la experiencia. “La claridad de su espíritu meridional –dice Alejandro Korn– unida a una profunda sensibilidad estética, le permitieron superar la estrechez de la ideología vulgarizada”. Y agrega, sin el deslinde necesario, que “supo infundirle nuevo vigor y prolongar por veinte años la vida del Positivismo decadente”. Ideología y positivismo son dos notas constitutivas de su pensamiento. Aquella, con los

matices estéticos, médicos y psicológicos que le dieron congruencia en nuestro país a través de Lafinur y Alcorta. Este, con el acento peculiar –y personal– de sus prosélitos argentinos, elevado “más con el vigor de su talento que con el flojo sucedáneo del dogmatismo cientificista, que al fin no pasa de ser un Positivismo con ribetes”.

Pero faltan dos eslabones: Mayo y el enciclopedismo, y el sansimonismo de la generación del 37. Del primero, indiscutiblemente, toma la idea generatriz que mueve su dinámica cívica y, con ella, sus opiniones filosóficas liberales, ceñidas a su credo democrático. De la concepción echeverriana, en su justo entronque con aquéllas, su cuidadoso eclecticismo cientificista tomará algunos firmes soportes filosóficos que darán firme coherencia a su sociología y que son los que habrán de llevarlo por el camino recto de las ciencias sociales, sin que, aclaremos, el materialismo dialéctico alcance a integrar su mapa metafísico. Los antecedentes se eslabonan, pues, arrancando de Mayo, engrampando con la Ideología, aprehendiendo las notas capitales del sansimonismo, y entrando, así munido, al campo del Positivismo. Este tránsito convoca desde el comienzo un neto diagrama científico que constituye para él la mejor tarjeta de presentación para ingresar en profundidad y extensión a la palestra filosófica.

Ingenieros y la filosofía científica.- La nota N° 1 (pág. 10, edic. 1919) de sus *Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía*, siguiendo la lección de “todos los filósofos dignos de este nombre”, ratifica la suposición de que las reflexiones filosóficas sólo podrían ser la coronación natural de sus estudios científicos. Es una acotación autobiográfica que patentiza todo cuanto llevamos dicho y sin reseña, al mismo tiempo, la génesis de su pensamiento en estas disciplinas: “*En la Universidad –dice– he cursado simultáneamente, dos carreras, que me permitieron adquirir nociones de ciencias físico-naturales y de ciencias médico-biológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fui indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología nerviosa y, mental vinculándome a su enseñanza en la Facultad de Medicina (1900-1905); pasé, naturalmente, a la cátedra de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras (1904-1911), extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como “ciencias psicológicas”. Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo*

ahora, en 1918, me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos”.

La transcripción es medular para la apreciación integral de sus puntos de vista. El punto de partida es terminante; solamente en mérito a una consistente preparación científica podrá hacerse filosofía. Pero no cae en el dogmatismo científico. No se abroquela al abracadabra de la ciencia todopoderosa. Y cuando, con implacable artillería, se le desgrana el fuego de ridículas acusaciones, las páginas de su “Revista de Filosofía”, a modo de coraza, lo ponen a cubierto. Su trabajo sobre Le Dantec es definitivo. A los que creen que la ciencia ha resuelto todos los enigmas, biológicos, físicos, naturalistas, químicos, los invita a romper el cascarón de la especialidad ignara y a sacar, en toda instancia, conclusiones filosóficas. Se ubica entre los dos bandos –sin que ello signifique una tercera posición intermedia– que se debaten en la problemática metafísico-científica. A los metafísicos los insta a la investigación científica. A los científicos, a superar el solo ámbito de la especialización y proyectarse metafísicamente. En las tantas polémicas que sostuvo, ante las acusaciones de materialista craso se vio en la obligación de desbrozar conciencias y como siempre, esclarecer la supina tergiversación de los términos con que sus detractores buscaban confundir la opinión pública. Así, al hablarnos sobre un idealismo fundado en la experiencia, en la Psicología, establece didácticamente las diferencias que existen entre materialismo moral y materialismo filosófico, entre idealismo moral e idealismo filosófico. El idealista por antonomasia, con la proa visionaria puesta hacia la estrella acusado de “craso materialista”.



“Guanacos”
Gabriel Rojo

Positivismo y Cientificismo. - Los conceptos expresados a través de los cuales llevamos vista la posición de Ingenieros y su calibración intelectual en lo que el llamara *Filosofía Científica*, nos devuelve a fojas uno, allí donde Korn señala que su propósito fue elevar el Positivismo a Cientificismo, con fines sociales”. Ello equivale a un plan de superación de la filosofía positiva, que es la que pretende encontrar en la ciencia positiva la solución de los problemas filosóficos, la ciencia siempre verificable, opuesta a los sistemas metafísicos y a sus hipótesis “en el aire”. Su tentativa de fundar una *metafísica de la experiencia*, con aproximaciones a una dialéctica de la naturaleza en sentido engeliano, en cierto modo desarrollada hoy por Alexis Carrel (*La incógnita del hombre*) y Lecomte du Nouy (*El Destino Humano – El Porvenir del Espíritu*), lo movió decididamente a trascender los límites del Positivismo. No reniega, empero, de su filiación spenceriana, de quien toma nociones fundamentales tales como la determinación del conocimiento por la experiencia empírica, la relatividad de las sensaciones y su intervención como factor constitutivo del pensamiento, la unicidad de lo real, el riguroso determinismo que sirve de soporte a todo fenómeno, la evolución constante de la realidad. Buscando siempre la simplificación del lenguaje filosófico, al que dedica un notable capítulo en sus *Proposiciones*, traduce así estas nociones: “La unidad de lo real (monismo) se transforma incesantemente (evolucionismo) por causas ineludibles (determinismo)”. El doctor Gregorio Bermann dice que “Ingenieros se inclina a un “monismo energético” transposición algo modernizada de la filosofía evolucionista, muy de actualidad entonces gracias a la propaganda de Ostwald”. Ese era su itinerario filosófico en el año 1913. No se ve en consecuencia, otra cosa que aproximaciones que lo emparentan con el Positivismo. Calificarlo abiertamente de positivista, máxime cuando es él mismo quien hace referencias críticas de dicha doctrina en reiteradas ocasiones es un lamentable error en el que todavía hoy sigue incurriendo. Su *Cientificismo o Filosofía Científica* es disconformidad manifiesta para con el mismo Spencer, con quien anda del brazo todavía cuando escribe sus discutidas *Proposiciones*. Korn, entre irónico y afectado, nos dice en su nota bibliográfica sobre esta obra que,

en efecto, “Ingenieros tiene el arrojo de decirnos que la filosofía es metafísica y que no podemos prescindir de hacerla. Con ello se desliza de toda contaminación positivista”. Y agrega:

*Era necesario decirlo en nuestro ambiente anti-filosófico y era necesario lo dijera quien no puede ser sospechado de propósitos reñidos con la ciencia. El Positivismo con persistencia rutinaria aún pontifica en la cátedra y en el libro como si nada hubiera ocurrido; agotada su misión histórica, todavía vegeta y obstruye por inercia el advenimiento de nuevas orientaciones... Las **Proposiciones** van a contribuir a desalojar este pasado...*

La metafísica de la experiencia.- Lo mismo que Sarmiento, José Ingenieros sintió el cautivador influjo de Spencer. Está dicho que tomó de éste nociones fundamentales de su Positivismo. Falta decir que cuando en las *Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía*, se refiere a la hipocresía de los filósofos, no puede –hombre del pueblo y para el pueblo– deslindar pensamientos y acción, mensaje y militancia. Y cae verticalmente contra los deliberadamente hipócritas y auténticamente filósofos, aquellos que fueron ateos por ineludible necesidad lógica y que fingieron ser teístas por obsecuencia al dogmatismo social: Bacon y Galileo, Hume y Locke, Spinoza y Descartes, Leibniz y Kant, Hegel y Spencer. “La hipocresía de los filósofos –dice– carecería de importancia si no se tratara de tan magnos ingenios... “Pocos han arrostrado las iras de la *filosofía universitaria* con tan alto desprecio como el que dirán de las mediocracias. La cómplice actitud de Descartes cuando, luego de las rituales “pruebas” *demuestra* la existencia de Dios echando abajo con su compromiso el maravilloso andamiaje de su sistema, de la misma insólita y desconcertante actitud de sus mencionados antecesores y, doctrinas aparte, también de quienes le suceden. En *El Hombre Mediocre* había viviseccionado a la humanidad hipócrita. La continuidad de su análisis, en la que encaja su estudio sobre “La Moral de Ulises” no podía hacer concesiones ni aún a sus maestros más admirados. En ese ataque cayó también Spencer. Y, maguer el resuello póstumo del Positivismo que entrevió, en él y con él, una imposible resurrección, su Metafísica de la Experiencia, audaz concepción de su audaz espíritu, neometafísica antidogmática, resulta el tiro de gracia que la filosofía positiva recibe, paradóji-

camente, en nuestro país. Lamentablemente no se dio entre nosotros, la continuidad necesaria para que la concepción filosófica de Ingenieros obtuviese la difusión, la resonancia que merecía. La notoria caducidad e insuficiencia orgánica del Positivismo –que ya había hecho su parte–, así como la incompetencia de las viejas metafísicas naturalistas para ajustar su rumbo al proceso intelectual y económico-social operado en los albores del siglo XX, orientaron, por contragolpe hacia las tendencias intuicionistas, la acción filosófica de Ingenieros en pos de un sistema basado en las ciencias. Logró con sus *Proposiciones*, apasionadamente polémicas, sacudir el marasmo en que se debatía el ambiente filosófico de Latinoamérica. Llegó a demostrar, y Korn lo asevera en sus refutaciones, que puede hacerse filosofía sin caer en el abstruso lenguaje de los cripto-filósofos.

Abierto el libro no se le cierra hasta terminarlo; nos hiere con la vehemencia de sus impresiones, y si aquí obliga a un resuelto asentimiento más allá provoca una repulsa no menos enérgica. Ni un instante consiente nuestra apatía. Escrito con penetrante claridad no contiene un concepto vago, ni una frase superflua. (Korn / ob. Comp.)

Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía.- En momento alguno Ingenieros busca una posición que separe su militancia política y su actitud filosófica. Las *Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía* constituyen la ratificación del aserto. Al interpretar a Boutroux y su filosofía de la contingencia, o al juzgar la cultura filosófica en la España Medioeval (Rev. De Filos/1916) deja cabalmente establecido el paralelismo político-filosófico que será el mejor lis de su blasón moral. Dirá que “nada hay más falaz que juzgar la obra de un pensador o el significado de una doctrina filosófica, prescindiendo del medio intelectual en que aparece de los procesos militantes que persigue, de los intereses políticos que sigue. El moralista de raza, el hombre político, el sociólogo, están en ese criterio. Hay entrañable unidad entre las vivencias sociales que traduce ¿*Qué es el Socialismo?*”, su opúsculo dieciochoañero, y las postulaciones filosóficas de las *Proposiciones* escritas a los 40 años, cuando empezaba a alentar “la esperanza de morir joven”. La vocación espontánea por la filosofía no ha podido ser tal. Por el contrario ha sido artesanía, oficio, profesión del filósofo. En toda instancia, filosofando o com-

batiendo por sus convicciones, escribiendo o escuchando en los repliegues de la mente, Ingenieros vio al Hombre. Al hombre de carne y hueso, que dijera Unamuno. Cuando no lo vio, cuando únicamente apareció ante él la idea prohijada, lo buscó, no sólo a través de ella sino también por detrás de ella. Sin hombre no hay filosofía, ni historia de la filosofía. La realidad histórica es el hombre histórico. Concreto. Raza, medio, momento: he ahí la clave aportada por Taine. Cuando escribe sus *Proposiciones* no pierde de vista ni un solo momento al hombre, protagonista de la historia, objeto y fin de sus desvelos de sociólogo. Así, para que todos entiendan, habla el lenguaje de todos. Su revisión y crítica de lo que él llama la *paleometafísica*, y la concomitante búsqueda de esa renovada *neometafísica* que no puede ni debe estar en oposición a las ciencias y que, a la postre, llegará a ser el *único género filosófico* del porvenir, tienden por el camino de la experiencia, a poner al alcance del hombre común los elementos capaces de abrir nuevas perspectivas de todo orden en su existencia.

Al imponerse este único género filosófico, “las ciencias psicológicas –que suelen llamarse “morales” o “del espíritu”– dejarán a la metafísica el estudio de *los problemas que exceden a sus experiencias*; esos problemas sólo podrán ser objeto de hipótesis metafísicas, cuya legitimidad dependerá en cada momento dado de su no contradicción con las experiencias respectivas. También las ciencias de la naturaleza, con los problemas que excedan a sus experiencias propias, contribuirán a enriquecer la metafísica “que será así un verdadero sistema integral de hipótesis explicativas de los llamados enigmas del universo”.

Cuando tal acaecer sea dable, ganará la metafísica en amplitud y precisión y abarcará integralmente la filosofía, comenzando a elaborar sus hipótesis en el punto mismo en que *todas las ciencias fijan* (en cada momento y provisoriamente) los límites de su horizonte experiencial. Y no habrá dos verdades contradictorias, ni verdades peligrosas, ni verdades sacrificadas, ni verdades perfectibles de la experiencia opuestas a las verdades absolutas del dogma o de la razón, sino un sistema armónico compuesto de leyes perfectibles y de hipótesis legítimas, incesantemente renovadas”. Tal es el propósito científico-racional de su neometafísica o Metafísica Experiencial. La abonan *Diez Proposiciones* que surgen limpiamente del contexto que les sirve de antecedente argumental, que culminan con la que es a la

vez culminación de toda la obra ingenieriana: *los ideales humanos*. Estos, para nuestro filósofo, son “hipótesis inexperienciales condicionadas por la experiencia y varían en función del medio experiencial. Su valor para el hombre depende de su legitimidad. Son más legítimos los que concuerdan con el devenir de la experiencia, anticipándose hipotéticamente a lo que será realidad experiencial en el porvenir”.

La afanosa investigación de la Verdad, sin coacciones dogmáticas o políticas, fue la preocupación filosófica de Ingenieros. Su Filosofía Científica o su Metafísica de la Experiencia fueron ensayos estupendos asentados sobre las premisas racionales de esa búsqueda. No completó su obra en este campo. Pero su siembra fue proficua. Y firme en la creencia de que la vida es fluencia, movimiento, lucha o, lo que es lo mismo, progreso, no vaciló en afirmar que todo *tiempo futuro será mejor*, como reza la frase final de sus *Proposiciones*. Apotegma más ético-social que filosófico, es cierto. ¿Pero es que, acaso, en la perspectiva filosófica de su obra, dejó alguna vez de ser el Hombre, ética y socialmente considerado, el motivo central de sus especulaciones? Seguramente que nunca. Por eso, con sus probables errores, que serían superados, indudablemente, en sus truncos *Principios de Metafísica*, las *Proposiciones*, como bien afirma Aníbal Ponce, guardan el fruto más alto de su pensamiento.



“Tarde en Colonia Emilio Mitre”
René Decristóforo